

Martín Fierro

Leopoldo Zea

El poema de José Hernández es el canto a un pobre hombre, «un pobre gaucho –dice–, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos; y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente, entre ellas, apenas una relación oculta y remota». Es un canto al «bárbaro», al que sólo balbucea las expresiones del mundo que aún no acaba de asimilar y que ya se ve precisado a acomodarse y expresarse en otro mundo, mundo del cual apenas tiene noticia. Es la Argentina de mediados del siglo XIX, pero es también la América toda de la que es parte este pueblo que, como Martín Fierro, se vio obligado a optar de acuerdo con la disyuntiva de Sarmiento, entre civilización y barbarie.

Civilización, lo que se debe y se tiene que ser para poder participar en la historia que hacen los pueblos al norte de América y en la lejana Europa. Barbarie, lo que se es, lo que se ha heredado y que supuestamente impide esa participación dejando a hombres y pueblos en la marginalización. Y a partir de aquí, el empeño en la más difícil e imposible de las tareas, como el dejar de ser lo que se es para romper el encubrimiento impuesto por la conquista y tres siglos de coloniaje hispano, esta vez libremente, con modos de vida, cultura y civilización que aún no han sido vividos, y por ello ajenos. La civilización en marcha de los Sarmiento y Alberdi con su rudo comandante, Urquiza, ha barrido con el encubrimiento hispano, indio y mestizo para posibilitar el propio encubrimiento. José Hernández ha participado en la lucha y sabe lo que ella representa. Ha estado, como buen criollo, con la gente que defiende la herencia recibida y se niega a anularla, porque se anularía a sí misma. Pero

también vive la imposibilidad de la resistencia y se ve obligado a acatar la situación. Martín Fierro es el hombre que ingenuamente se aferra a un mundo en el cual él puede expresarse y rechaza su inserción en un mundo en el que sólo podrá balbucear.

«Soy gaucho –grita Martín Fierro–, y entiendaló / Como mi lengua lo explica, / Para mí la tierra es chica / Y pudiera ser mayor [...] / Naidés me puede quitar / Aquello que Dios me dio– / Lo que al mundo truje yo / Del mundo lo he de llevar.» Este hombre se resistirá a cambiar el poncho de la Pampa por el chaquetón y levita de las ciudades. Los civilizados han hecho, de este hombre obligado a disfrazarse, instrumento de la civilización para enfrentar y destruir lo que le es propio. Allí comienzan las desgracias, dice Martín Fierro, «Lo mandan a la frontera / O lo echan a un batallón [...] Así empezaron mis males / Lo mesmo que los de otros [...] Después que uno está perdido / No lo salvan ni los santos».

El hombre regresa, ya no para contar sus desgracias, sino para asumir y explicarse en el mundo que las ha originado. Pero sigue siendo bárbaro. «El gaucho –dice Hernández– no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos.» Martín Fierro quiere explicarse, hacerse comprender, y de esta forma ingresar a la civilización triunfante. El indio, el moreno, el mestizo, el desierto, son ya cosas de un pasado que el gaucho ha de asimilar para ser uno de los que han triunfado o, al menos, uno como los que han triunfado. La barbarie de ayer, la civilización de hoy. La tragedia de Martín Fierro no es ya la historia de un rebelde empeinado en afirmar lo que es. Es la historia de un hombre que, aun queriendo ser otro, tiene que seguir siendo como es. Martín Fierro habla de los suyos, lo ha expresado «Pues son mis dichas desdichas / Las de todos mis hermanos– / Ellos guardarán ufanos / En su corazón mi historia– / Me tendrán en su memoria / Para siempre mis paisanos», y agrega «Aquellos que en esta historia / Sospechen que les doy palo– / Sepan que olvidar lo malo / También es tener memoria. // Más naidés se creó ofendido / Pues a ninguno incomodo– / Y si canto de este modo / Por encontrarlo oportuno– / No es para mal de ninguno / Sinó para bien de todos».

Las desgracias cantadas en Martín Fierro no han terminado, como no han terminado las de sus hermanos en la Argentina, en la Patria Grande de la que es parte, ni en lejanos mundos que también han sido obligados a enfrentar la disyuntiva de civilización o barbarie. Gente obligada a destruirse a sí misma, aunque inútilmente, para ser como otros. Desde este punto de vista, el poema es la expresión de una humanidad que se resiste a ser otra que lo que es en sí misma, en su concreta e ineludible realidad, y que, paradójicamente, trata de hacerse reconocer como igual al resto de los hombres, por ser ineludiblemente distintos, esto es, concretos, como todos los hombres.

Martín Fierro es el mestizo que no reconoce al padre y sufre las penas de llevar dentro a la madre indígena o las costumbres del llano. Hombre de frontera que se forja en la lucha contra el invasor lusitano. El padre, el criollo, nada quiere saber de su propio pasado hispano, ni del indio, con el que se ha mestizado corrompiendo su identidad. Pero tampoco del negro trasplantado de África para hacer el trabajo sucio que el amo no debe hacer por afectar su dignidad.

Martín Fierro es el hombre al servicio de la dignidad y los derechos del padre. Y estaba orgulloso de serlo. Martín Fierro lo expresa diciendo: «Recuerdo!... ¡Qué maravilla!! / Cómo andaba la gauchada, / Siempre alegre y bien montada / Y dispuesta pa el trabajo... / Pero al presente... barajo! / No se la ve de aporriada».

Ahora sabe que estorba y avergüenza, como estorba y avergüenza el negro cuya esclavitud es prescindible. «A los blancos hizo Dios / A los mulatos San Pedro, / A los negros hizo el diablo / Para tizón del infierno». El indio que estorba en la conquista del desierto para hacer del mismo lo que los Estados Unidos hicieron. «El Indio nunca se ríe / Y pretenderlo es en vano, / Ni cuando festeja ufano / El triunfo en sus correrías- / La risa en sus alegrías / Le pertenece al cristiano.»

Pero estorba, igualmente, el ancestro hispano, mestizo y mestizador; que ha degradado su estirpe mezclándose con raza esclava y salvaje, por lo que debe ser negado. Es el criollo, tan violento como el gaucho, sin esperanza en su mundo y que para alcanzarlo debe anular el pasado, lo que ha sido y no tiene ya que ser. Este hombre encarna en Domingo Faustino Sarmiento, antípoda de José Hernández y de la criatura de su poema, Martín Fierro, a los que desprecia y combate.

Sarmiento, en el Facundo, lucha contra el señor de Martín Fierro. Facundo es Rosas vencido por la Civilización que ha alcanzado su máxima expresión en los Estados Unidos. Tierra, pero no gente, semejante a la que forma la Argentina. «Ser como los Estados Unidos» es la demanda. Y para ser, borrar todo lo que imposibilite serlo. ¿Civilización o barbarie? Civilización lo que debe ser, barbarie lo que se es y no se debe seguir siendo.

¿Cómo serlo? Borrando hasta sus raíces la sangre y cultura recibida, conquistando el desierto, como lo hicieron los pioneros que dieron origen a los Estados Unidos del norte de América. «Gobernar es poblar», completa el proyecto el fino rival de Sarmiento, Juan Bautista Alberdi. En este horizonte gaucho de Hernández es el bárbaro anacrónico al que hay que someter o aniquilar. Martín Fierro es el pasado que debe ser olvidado y no cantado, para hacerlo prevalecer.

El problema de la emergente nación argentina es el mismo de México, el de la Gran Colombia de Bolívar y del resto de la América, al sur de los Estados

Unidos. Todos, más o menos cargados de la gente vista como obstáculo para ser parte de la civilización. Al parecer, la Argentina, en el extremo sur del continente, puede semejarse a la América en el extremo norte, ya que está más apartada de la gente de la América meridional tremendamente mestiza.

¿Gobernar es poblar? ¿Con qué gente? Con la misma que ha hecho la grandeza de los Estados Unidos. La gente que se impuso, borró y acorraló al resto de las razas indígenas de las ricas praderas y puso a negros africanos, arrancados de sus raíces, a hacer el trabajo sucio que ellos no querían hacer. Igualmente en México se venció a la raza mestiza que resultó de la mestización con España.

Sarmiento igual que Bartolomé Mitre hacen la gran limpieza del territorio que permitirá, a la nueva gente que llega a poblarlo, hacer en tierra argentina lo que otra semejante hizo en tierra americana en el norte. Crearon el hogar de los futuros argentinos que arribaran de Europa. ¿De qué parte de Europa? ¿La sajona? ¿La germana? La que llegaría sería gente desplazada, marginada, de la civilizada Europa. Españoles, italianos, polacos, checos, húngaros. La misma raza latina y mestizada y mestizadora del pasado y la no menos mestizada de la Europa central.

¿Vendrán a trabajar tierras sin dueño arrancadas a los nativos como en los Estados Unidos? No, de hecho vendrán a trabajar en tierras con dueño, heredadas de la colonia o conquistadas en el desierto a los indígenas. En donde no hay negros ni indios ni se puede contar con los mestizos, estos inmigrantes tendrán que hacer el trabajo que ellos hubieran hecho. Trabajar para los señores criollos herederos y conquistadores de la tierra argentina.

Pero no eran ni mestizos ni negros, ni indios; traían sus propias ideas para enfrentar la marginación interna y externa que sufrían en Europa; muchos eran contestatarios, en sus países de origen, anarquistas y socialistas y por ello poco o nada dispuestos a hacer el papel de mestizos, indios y negros. Gente que traía su propia historia y cultura, que no es la de los bárbaros señores de América. De la Europa central, la lastimera música y ritmo que hablaba del sufrimiento de los marginados como los que cantaba Martín Fierro en su mundo. En esa música, el tango cambió el ritmo existente, monótono, y se fue adecuando a la nueva historia argentina.

Toda esta nueva gente tampoco quiere saber del pasado que querían conservar sus patrones criollos. Era un pasado que no consideraban propio, como tampoco lo era el presente que estaban obligados a vivir. Desterrados de Europa, ajenos a la tierra a la que habían llegado, para encontrar lo que en Europa les era negado. Se sienten y así lo expresan, desarraigados, desterrados de la cultura y civilización por excelencia. De la Europa que los ha formado y han tenido que abandonar para comenzar en esta tierra de nuevo y, acaso, volver y ser parte del mundo al que pertenecen.

La gente de cultura y la cultura que surge de ellos no simpatiza con el montonero José Hernández, ni el mundo de sus gauchos. Están más cerca de Sarmiento, el civilizador, que de Rosas y quienes le siguieron como el cantor de Martín Fierro. La inquina de Sarmiento contra Hernández se prolonga en la nueva élite cultural que los desterrados de Europa crearon en la Argentina.

El poema ha tenido y tiene éxito. Llegó y sigue llegando a la gente que puede leerlo o no, la que puede escucharlo en las rapsodias, o a los cantores y trovadores, que lo memorizaban, cantaban o recitaban en la plaza pública. Como los que conservaron y universalizaron a Homero. ¿Cómo pudo un hombre escribir lo que ha escrito? Se preguntaban. Pero allí está y habrá que contar con ella.

Se iniciaba otra parte de la historia argentina. Más allá de la historia de Rosas, montoneros, gauchos y el mismo Sarmiento, para hacer de la Argentina los Estados Unidos del Sur. Tampoco será la que añoraban los desterrados de Europa, su cultura y civilización, para hacer de la Argentina la Europa de la América del Sur. No será la Argentina de los que ven América como obligado destierro, como el pecado original de sus desdichas. Será la historia de un pueblo de la América que se autodenomina latina, sufriendo un largo y doloroso parto para generar una nación.

Los autodesterrados de Europa, los nuevos argentinos, traerán, entre otras cosas, música, canto y baile, entre ellos el tango, que será como un hito de la historia argentina del siglo XX. La vieja música y los bailes de la época de Martín Fierro pasan a la historia del folclore y con ello el pañuelo galanteador y los bailarines solitarios. Surge el tango.

Hay quienes consideran que el tango es reminiscencia del aniquilado esclavo negro. El ritmo, la cadencia, el sentido de amarga pena, es el mismo que aún se oye en la Europa central. Canto y baile de marginados y que lleva el mismo nombre.

Es música que arrastra pena y danza sensual, que junta cuerpos. Martín Fierro podría haberla cantado y bailado. Canta la más dolorosa historia de su marginación en la nueva historia. Habría gozado de las cadencias, de Celos, tango clásico que se escucha en Varsovia y otros lugares. De la nueva historia argentina, compositores no argentinos hicieron de Evita apogeo con su ¡No llores por mí Argentina! La nueva historia del siglo XX, donde los cabecitas negras y mestizos regresan a la Argentina. Juan Domingo Perón y Evita ponen en crisis el proyecto de Sarmiento, el civilizador, y el de los que querían hacer de esta región de América otra Europa.

Ya no se trata de hacer de la Argentina los Estados Unidos de la América del Sur, ni otra Europa. Lo que allí se ha formado es una nación diferente que, con otras naciones, formará una Nación de naciones, en nuestra América, Patria grande, en la que caben Sarmiento y su rival Rosas. Los criollos que

hablan francés e inglés y los que balbucean su propia lengua, como Martín Fierro. Rosas, del que han vuelto sus restos que estaban en el destierro en Gran Bretaña. José Mármol decía de él: «Ni el polvo de sus huesos la América tendrá». Ya los tiene, son parte de la misma y dolorosa historia de esta América.

¿El tango reminiscencia del aniquilado esclavo negro? No parece serlo, pero sí es un hecho que la región de América más teñida de negro es el Caribe.

En la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca se analizó, en un congreso realizado en diciembre de 1999, el Caribe. ¿Como una curiosidad? No, como algo que se tiene dentro y que debe aflorar y ser conocido para que no duela más. Saberse parte de la América multicolor, multirracial y multicultural. La América que, al revés de lo que quiso hacer Sarmiento, se ha latinizado, haciendo resurgir la ineludible diversidad de sus razas, culturas, hábitos y costumbres. La América integrada totalmente por esa diversidad que une.

Volvamos a nuestro Martín Fierro, que no ha muerto, que ha regresado a la historia de la que es parte. Al finalizar su amarga historia escribe algo de sus sufrimientos. «Pues son mis dichas desdichas / Las de todos mis hermanos- / Ellos guardarán ufanos / En su corazón mi historia- / Me tendrán en su memoria / Para siempre mis paisanos».- // Es la memoria un gran don, / Calidá muy meritoria- / Y aquellos que en esta historia / Sospechen que les doy palo- / Sepan que olvidar lo malo / También es tener memoria. [...] NO ES PARA MAL DE NINGUNO / SINÓ PARA BIEN DE TODOS.»